

## CAMINO ADELANTE \*

Paul SEABRIGHT

Amartya SEN, *Development as Freedom*, Anchor, New York, 2000, 366 págs. \*\*

I. Amartya Sen, Premio Nobel de Economía en 1998, se ha preocupado durante la mayor parte de su carrera de entender, medir y promover el “desarrollo humano”, en el sentido en el que ese término se refiere a la condición general de la gente y no a los logros de los pocos afortunados. Probablemente se le conoce mejor por su trabajo con Jean Drèze sobre las hambrunas y cómo prevenirlas, aunque su obra cubre una gama muy amplia. Trabajó en la teoría de la elección social, una disciplina técnica que examina la relación precisa entre los juicios acerca de lo que es bueno para la sociedad y los juicios acerca de lo que es bueno para sus miembros individuales.

Sen desempeñó una cátedra conjunta en economía y filosofía en Harvard. Ha escrito mucho, a menudo en estas páginas<sup>1</sup>, sobre pobreza y desigualdad, así como sobre diferencias de género en la nutrición y esperanza de vida en el mundo en desarrollo. Su libro más reciente, que es también el que aspira más claramente a una audiencia fuera de la economía profesional, comienza señalando que

vivimos en un mundo de una opulencia sin precedentes, de una opulencia tal que habría sido difícil de imaginar uno o dos siglos antes... Pero también vivimos en un mundo con una privación, indigencia y opresión notables.

Sería erróneo suponer que nuestros logros colectivos pudieran medirse sólo por la opulencia, sin tener en cuenta la continua privación, gran parte de la cual persiste dentro de los países ricos, así como de los pobres. Superar esta privación “es una parte central de la práctica del desarrollo”; sin embargo, para hacerlo así, no podemos sólo reaccionar frente a los problemas cuando suceden, apoyándonos en nuestro instinto para reconocer el desarrollo cuando lo vemos. Necesitamos una concepción coherente de lo que es el desarrollo humano a fin de ser capaces de perseguirlo como una meta. Así pues, este libro constituye un intento de desarrollar tal concepción.

De acuerdo con la concepción concreta que Sen defiende, el desarrollo es “un proceso de expansión de las libertades reales que la gente disfruta”. Contrapone

---

\* La revista desea agradecer a *The New York Review of Books* su permiso para reproducir este texto. Copyright © 2001 NYREV, Inc.

Traducción de José J. Jiménez Sánchez.

\*\* *Desarrollo y libertad*, trad. E. RABASCO y L. TOHARIA, Planeta, Barcelona, 2000 (1999).

1. Se refiere a *The New York Review of Books*, n. del t.

esto con “los puntos de vista más estrechos... tales como la identificación del desarrollo con el crecimiento del producto interior bruto, o con el aumento de los ingresos personales, o con la industrialización, o con el avance tecnológico, o con la modernización social”. Puede parecer extraño caracterizar la “modernización social” como una concepción “estrecha” del desarrollo, pero para entender lo que Sen opina y por qué piensa que una concepción del desarrollo basada en la libertad es más amplia y mejor que sus rivales, es importante comprender el trasfondo sobre el que ha evolucionado su pensamiento.

El hilo conductor que corre a través de la obra variada de Sen es la idea de que la política pública ha estado presidida durante demasiado tiempo por descripciones excesivamente simples de la sociedad humana, y específicamente de los seres humanos y sus necesidades y aspiraciones. Ésta es una afirmación que tiene que interpretarse con algún cuidado. Sería superficial afirmar que los seres humanos y las sociedades humanas son más complejas de lo que uno podría haber imaginado al mirar las estadísticas del PIB. Desde luego que lo son, y las estadísticas del PIB serían totalmente inútiles para cualquier cosa, a menos que expresaran una gran parte de esa complejidad.

El objetivo de Sen no es la simplificación por sí misma: las complejidades de la sociedad humana tienen que simplificarse a fin de que la política pública asigne prioridades. Al hacerlo así, necesariamente supone excluir información relativamente sin importancia acerca de la sociedad (y por tanto, sobre los miembros individuales de la sociedad) a fin de concentrarse en la relativamente importante. En concreto, la política económica se ha motivado por la búsqueda de mediciones numéricas únicas que, supuestamente, captan la mayor parte de lo que es importante para un determinado problema (por ejemplo, el PIB o el índice de precios al consumo) y que permiten decir con precisión lo bien que se realiza un determinado proyecto político, e incluso ordenar los países por lo bien que han alcanzado las metas establecidas por ese proyecto. El problema realmente interesante no es el de si la política pública ha tenido que simplificar, sino si ha simplificado demasiado.

La idea de gran parte de la obra previa de Sen puede resumirse diciendo que los números agregados únicos simplifican demasiado. El ingreso nacional medio por persona ignora su distribución entre la gente. El ingreso medio por hogar ignora su distribución entre sus miembros. El mismo ingreso, que resume la importancia que para la vida de la gente tienen los servicios y bienes del mercado a los que se les puede asignar un precio, ignora por eso otras cosas de las que se preocupa la gente, tales como la salud o la autonomía política (la asistencia sanitaria tiene un precio —y vaya precio— pero la salud misma no). Sen señala que el incremento de los ingresos puede significar poco si la gente vive con mucho más miedo frente a la violencia y la expropiación. De la misma manera, las estadísticas que muestran la disponibilidad total de comida en una región o país determinados no nos dicen cómo esa comida está distribuida entre la gente. Los cambios en los precios o en el poder de adquisición pueden hacer que alguna gente caiga por debajo del umbral de la inanición, aunque la cantidad total de comida en una

región no cambie. En cualquier caso necesitamos saber más que lo que nos dicen las medias generales; falta algo importante.

¿Pero qué es, precisamente, eso que estos números agregados únicos omiten? Parte de la respuesta es fácil: las medias de cualquier cantidad omiten la distribución entre la gente, y esa distribución es importante porque nos preocupamos mucho más de las condiciones al final de la escala que sobre los que se encuentran en el medio o en lo más alto. Pero parte de la respuesta no es fácil. Los ingresos, las expectativas de vida y otras mediciones parecidas son sólo indicadores imperfectos de lo que a veces se llama “la calidad de vida”. Precisamente, lo que estas mediciones omiten es el problema que el relato sobre la libertad de Sen trata de contestar. La calidad de la vida de una persona, escribe, se ha de juzgar de acuerdo con “las capacidades que una persona tiene, es decir, las libertades sustantivas que disfruta para dirigir la clase de vida que valora con razón”. Las medidas de bienestar económico pueden constituir indicadores útiles sobre si la gente disfruta una buena calidad de vida, pero están lejos de constituir unos indicadores perfectos, y cuando chocan con otras pruebas sobre la calidad de vida, a veces se prefiere la otra prueba. Por ejemplo, los ingresos altos están asociados como término medio con una salud mejor, pero es la salud lo que cuenta y no los ingresos *per se*. Los ingresos son, escribe Sen, “sólo *instrumentalmente* significantes”.

¿Qué diferencia existe si hablamos sobre “capacidades”? Un ejemplo. Durante años se han dado argumentos furiosamente enfrentados acerca de si la pobreza se entiende mejor como una noción relativa o absoluta: ¿se es pobre cuando se tiene menos de un cierto ingreso real o cuando el ingreso real cae por debajo de cierta proporción en relación con la media? Sen quiere que pensemos sobre la pobreza como una condición que ocurre cuando la gente cae por debajo de cierto nivel absoluto de calidad de vida. Si se contara a alguien como pobre, no debería depender de un accidente estadístico de los ingresos de aquellos a los que se incluye en el cálculo de la media. Pero el nivel absoluto debería definirse por las “capacidades” que la gente tiene, antes que por sus ingresos. Así, la gente se preocupa de la ropa en parte por razones simplemente funcionales como la protección del frío, pero también por razones de auto-respeto y respeto dentro de sus comunidades. Se puede ser pobre si los ingresos son insuficientes para permitir que se adquiera auto-respeto, lo que parece que es un criterio absoluto. Pero el monto de ingresos que hace falta para conseguir el auto-respeto puede ser más alto en Beverly Hills que en Bangladesh, esto explica por qué el concepto relativo de pobreza no es después de todo absolutamente erróneo. En este caso, Sen enfatizaría la capacidad de adquirir auto-respeto.

Así, las capacidades son un importante concepto explicativo porque son, al menos en principio, los subyacentes fines valiosos del desarrollo, del que medidas tales como el PIB son sólo indicadores indirectos. ¿Pero qué tienen que ver las capacidades con las libertades? Al menos para mí, la respuesta no es siempre luminosamente clara, incluso después de muchas lecturas del libro de Sen. A veces, Sen habla intercambiamente de capacidades y libertades para describir las actividades varias que son necesarias para una vida activa y completa: vivir mucho y

saludablemente, disfrutar de la estima de la familia y amigos, comunicarse con otros y aprender acerca del mundo en que vivimos, participar en las decisiones acerca de nuestro propio futuro y el gobierno de nuestra comunidad. Otras veces, Sen se preocupa de que pudiéramos confundir los auténticamente privados con aquellos que han escogido voluntariamente privarse de algunas de las actividades de una vida completa: ascetas, los que siguen una dieta o ayunan por razones religiosas, montañeros que pierden su vida en la búsqueda de aventura. Para él, las capacidades significan la *posibilidad* de disfrutar de una vida completa, se ejerza o no esta posibilidad (“libertad”). Otras veces, Sen parece preocuparse por impedir que se haga una lista arbitraria de las capacidades que parece que él aprueba; su concepción de la ampliación de la gama de las oportunidades humanas (también la “libertad”) parece como lo que *define* la lista de las capacidades que merecen la pena: la capacidad para practicar deporte podría contar como una capacidad, aunque no la habilidad para participar en una conquista militar. Si la llamada de Sen a la libertad refuerza su argumento general es algo sobre lo que volveré.

El libro desarrolla su argumento en tres fases principales. La primera, que ocupa la mayor parte del libro, usa un gran número de ejemplos para apelar a nuestras intuiciones en relación con la idea de que los índices sencillos como el PIB o incluso la esperanza de vida, en verdad omiten dimensiones del desarrollo humano de la mayor importancia. Juzgar países sólo por la realización media de algunos índices —sea el PIB, la mortalidad infantil o el alfabetismo— puede conducir al abandono horrible de grupos y regiones dentro de aquellos países. Así, “incluso completos estados [indios] tales como Uttar Pradesh (que tiene tanta población como Brasil o Rusia) no lo hacen mucho mejor que los peores entre los países sub-saharianos en términos de estos indicadores básicos de la calidad de vida [alfabetismo adulto y mortalidad infantil]”. La distribución dentro de los países importa así como los promedios, especialmente desde que los promedios se ven afectados arbitrariamente por los límites de los estados-nación.

Además, la esperanza de que el PIB podría ser una buena manera de referirse al total progreso del desarrollo, porque está correlacionada con otros indicadores importantes, puede llevarnos a pasar por alto algunos asuntos fundamentales que nos preocupan. Así “en los Estados Unidos, los afroamericanos como grupo tienen... una menor posibilidad de alcanzar una edad avanzada que la gente nacida en las economías inmensamente más pobres de China o el estado indio de Kerala”. E incluso para los individuos, la presencia de obstáculos y circunstancias sociales diferentes significa que los ingresos no son simplemente una manera poco fidedigna, sino sistemáticamente errónea, de comparar el bienestar de gente distinta. Alguien discapacitado puede tener menos capacidades que otra persona en cada aspecto de la vida, incluso con un ingreso sustancialmente más alto. Lo que importa entonces, no son los ingresos sino las capacidades humanas que tales ingresos pueden apoyar —y diferente gente en circunstancias distintas puede convertir los ingresos en capacidades humanas con grados de efectividad llamativamente diferentes.

Sobre todo, el respeto por los derechos civiles y humanos de la gente no constituye una parte menos central de su desarrollo, porque ahí no existen merca-

dos en los que la satisfacción de tales derechos pueda comprarse. Por el contrario, los derechos humanos importan porque el ejercicio de casi todas las otras capacidades depende de que uno no esté sujeto a detención, prisión, tortura y ejecución; los derechos civiles importan porque pueden promover la capacidad de implicarse en la toma de decisiones sobre la propia comunidad. Los países difieren grandemente en su respeto por tales derechos, y Sen no quiere que estas diferencias se pasen por alto sólo porque el PIB no las refleje. Se une a aquellos que han argüido que la democracia no es una barrera para el desarrollo económico, sino que es positivamente instrumental para traer el desarrollo. Su propia obra con Jean Drèze sobre las hambrunas lo ilustra bien, desde el momento en que son los países más autoritarios los que han sufrido las peores hambrunas. Una sociedad civil floreciente y una prensa libre son a menudo el mejor seguro contra los casos de crisis que afectan a las minorías, cuya difícil situación se ignora por los agregados y promedios de los análisis políticos convencionales.

II. Muchos de los ejemplos de Sen serían persuasivos incluso en la ausencia de una teoría total sobre el desarrollo. Cualquier definición de desarrollo con la que razonablemente pudiéramos estar de acuerdo, parece claro que excluiría a millones de personas en Uttar Pradesh. Sin embargo, otros ejemplos son más controvertidos. Alguna gente cuestionará una aproximación que haga de los derechos civiles y humanos una parte central del proyecto del desarrollo internacional. Estas objeciones proceden en cierta manera de partes descaradamente interesadas como los líderes políticos de países autoritarios, y normalmente no se comparten por los movimientos que se les oponen. Pero observadores menos parciales se preocupan de que la inquietud por los derechos civiles y humanos pueda ser de alguna manera menos objetiva que otros aspectos del desarrollo, y pueda reflejar específicamente un prejuicio “occidental” o similarmente etnocéntrico. La segunda fase del argumento de Sen está dedicada, por tanto, a mostrar que los derechos civiles y humanos no están menos fundados que otras capacidades en valores que se encuentran en las sociedades humanas. En parte esto se sigue del hecho de que el respeto por tales derechos es una precondition esencial para disfrutar de otras capacidades. No se puede disfrutar de una vida familiar feliz mientras se está en la cárcel o bajo tortura, o de un completo desarrollo intelectual cuando no hay otra cosa para leer que la propaganda gubernamental. En parte, el argumento de Sen se obtiene al subrayar importantes puntos en común en el lenguaje evaluativo de diferentes sociedades. En el proceso se deshace, inteligente y hábilmente, del punto de vista de que los “valores asiáticos” no incluyen el respeto por la libertad, y cita muchos ejemplos históricos de China e India para mostrar que argumentar y disentir están profundamente enraizados en sus culturas.

Sin embargo hay que argumentar que la libertad tiene una base objetiva como un componente del desarrollo humano —que es una de las capacidades que hace, por ejemplo, posible la participación en las decisiones públicas. Otra cosa que hay que argumentar es que el desarrollo puede definirse como la expansión de la libertad, que todas las capacidades que la gente puede adquirir, pueden entenderse

como una ejemplificación de la libertad, lo que constituye la tercera fase del argumento de Sen. O mejor, es lo que Sen afirma en varios momentos a lo largo del libro, lo que también se insinúa mediante el uso frecuente de la palabra “libertad” cuando discute varios aspectos del desarrollo, tales como la educación y la mortalidad infantil. Como ya he indicado, no encuentro estas afirmaciones e implicaciones ni claras ni convincentes.

Tampoco es evidente lo que podría ganarse si acordáramos que la libertad es la piedra de toque mediante la cual se evaluarían las alegaciones sobre la naturaleza del desarrollo. Por ejemplo, el deseo de contemplar la libertad como el valor fundamental que subyace bajo cualquier otro, conduce a Sen al punto de hablar sobre la mortalidad como una negación de la “libertad de sobrevivir”. De acuerdo, uno puede llamarlo así, pero ¿es realmente iluminador sugerir que lo que importa acerca de estar muerto es la falta de libertad que conlleva? Estar muerto es también malo para la salud y tiene una significativa asociación estadística con el abandono de los estudios, aunque personalmente pienso que lo que me molestaría, sería la falta de vida. Éste parece que es un asunto de debate, aunque fundamentalmente es un argumento acerca de lo que constituye una buena explicación. Las explicaciones proceden al tomar algo que no se entiende bien (por ejemplo, el desarrollo humano) y demostrar sus conexiones con algo más que se entiende mejor. En realidad, la libertad no cumple esta función, pues en muchos aspectos es, al menos, tan oscura y agriamente contestada como el mismo concepto de desarrollo.

Por ejemplo, alguno podría aceptar el punto de vista de Sen acerca de que la ampliación de la libertad es la auténtica definición del desarrollo, pero también creer que una de las más importantes libertades es la auto-determinación de los grupos étnicos. ¿Se seguiría, por tanto, que la auto-determinación étnica es parte de la definición del desarrollo humano? Ciertamente, el mismo Sen no pensaría así. El camino más provechoso para comenzar a resolver la disputa, seguramente no sería discutir si la auto-determinación es o no una libertad intrínseca, sino más bien mirar la clase de sociedad que resultaría si el derecho propuesto de auto-determinación fuera alcanzado en un caso concreto. Siempre podemos *decir* que la sociedad que más nos gusta es aquella en la que haya más libertad, pero una afirmación de esta clase suena sorprendentemente como la de Molière: que el opio duerme a la gente por sus características de adormidera.

Si una llamada general a la libertad no es un buen camino de resolver los asuntos acerca de la naturaleza del desarrollo humano, ¿existen mejores caminos? Pienso que sí. Aquellos que parecen pertinentes y persuasivos dependen en gran medida, sugeriría, de a qué audiencia imaginada o real pensamos que nos dirigimos. Las audiencias compuestas por historiadores intelectuales o culturales tienden a concentrar su evaluación del desarrollo humano desproporcionadamente entre los productos más complejos del simbolismo y la comunicación humanos, y se interesan menos por las condiciones (incluso las condiciones intelectuales) de la población en general. En contraste, las evaluaciones de nuestro desarrollo social y económico podrían verse como un informe interino dirigido a nuestros líderes políticos y a nuestras instituciones de acción colectiva y, por tanto, requieren una visión más

democrática y general. Aunque también limitan la complejidad de los criterios mediante los que el desarrollo se evalúa a causa de la naturaleza de esa audiencia.

Uno de los problemas centrales del pensamiento político ha sido el de encontrar maneras de alinear los intereses e incentivos de los líderes políticos con los del resto de la sociedad. Una importante idea obtenida del estudio de los incentivos en las organizaciones humanas es que en la medida en que las metas que han de perseguir los políticos, sean más amplias y menos delimitadas, será más difícil que sean responsables por su éxito o fracaso en alcanzarlas. Así, una manera de pensar sobre la naturaleza del desarrollo puede que consista en percibirlo como aquellos aspectos de la aspiración humana en relación con los que, realmente, se pudiera exigir dedicación a nuestros políticos. Con el fin de proveer un conjunto efectivo de incentivos, estos aspectos serán necesariamente más estrechos y estarán más delimitados que la gama total de fines a la que los seres humanos podrían razonablemente aspirar.

Merece la pena que nos detengamos en esto, porque Sen escribe a veces, y aquellos que su trabajo cita, escriben a menudo con aprobación, como si el desarrollo de los indicadores sociales tales como las estadísticas del PIB estuvieran motivadas por una insensibilidad ignorante acerca de lo que mueve a los seres humanos. Sin embargo, no sé de nadie que realmente crea que el producto interior bruto o un incremento en los ingresos personales o cualquiera de los fines más estrechos contra los que Sen discute, puedan identificarse totalmente con el desarrollo. Cada fuente de inspiración cultural desde Diógenes a Dickens, a *Dinastía*, refuerza el mensaje de que el dinero no es todo y que ninguna persona cuerda cree en verdad otra cosa. Esto no impide que tales fines intermedios sean criterios esenciales por medio de los cuales el trabajo de nuestros líderes políticos puede juzgarse de manera más fiable que si los hacemos responsables de la felicidad y la libertad humanas, así como de la realización completa de su variedad infinita.

Ningún país está tan mal gobernado que no haya ninguna cosa que decir en su favor, y ningún país tiene la bendición de un gobierno iluminado que nada pueda hacerse para mejorar los asuntos. Así, a menos que el ámbito de la responsabilidad política se estreche de alguna manera, los argumentos acerca de la realización y la libertad relativas pueden continuar siempre, y puede ser casi imposible que los políticos y los administradores se atengan a su responsabilidad. Y al revés, si los que gobiernan son ignorantes, pueden ser ignorantes deliberadamente.

No hay que decir que cuanto más estrecho sea el ámbito de la responsabilidad política, mejor. Sin duda, el trabajo de Sen ha hecho mucho para lograr que los políticos se tomen en serio la importancia de la autonomía personal y la variedad humana en el proceso del desarrollo social y económico. Desafortunadamente, su libro reciente, aunque publicado por la editorial con la intención de alcanzar una audiencia amplia, tiene muchos defectos como una introducción al conjunto de su obra. Tanto el texto como su edición muestran señales de apresuramiento, y frases como "Si la persona  $i$  tiene más importancia que la persona  $j$  en el desempeño de una función significativa, y al menos tanta como los demás que la desempeñan, entonces  $i$  posee claramente un vector relativo a esa función con un valor más alto

del que tiene *j*”, sugieren que el autor puede no haberse formado un juicio preciso acerca de las necesidades del lector medio inteligente. Los editores podrían haber empuñado el lápiz rojo menos tímidamente con un efecto valioso.

Además, el libro se equivoca a menudo al seguir un camino solitario en contra de la opinión recibida, a la que caracteriza mediante alusiones vagas sin referencias (lo que contrasta de una manera extraña con las referencias extensas a la propia obra de Sen y a lo que apoya sus opiniones). Un ejemplo particularmente flagrante tiene lugar en el capítulo sobre “Mercados, Estado y Oportunidad Social”, en el que Sen escribe que “ahora, las virtudes del mecanismo del mercado se han asumido normalmente de manera tan penetrante que los reparos parecen sin importancia”. “Normalmente”, ¿por quién? El mundo es muy amplio, y mientras se puede encontrar mucha gente que cree eso (oiga una tertulia en la radio), es una tergiversación seria del trabajo de los colegas profesionales de Sen. “El fracaso del mercado” es una parte central de todo curso de microeconomía general, que se enseña en toda universidad seria del mundo. En otro capítulo, Sen habla de “la creencia que ha sido tan dominante en muchos círculos políticos acerca de que ‘el desarrollo humano’... es realmente una clase de lujo que sólo los países ricos pueden abordar”. De esto no se debería deducir que la importancia de la salud y la educación para el desarrollo y alivio de la pobreza es ahora un principio central de la discusión política en todas las instituciones internacionales y entre todos los que prestan ayuda, desde el Comité de Oxford de ayuda para paliar la hambruna (Oxfam) hasta el Banco Mundial. Ciertamente, Sen ha sido influyente en cambiar la opinión recibida y no ha tenido necesidad de representar esa opinión como más ignorante de lo que realmente es.

En la medida en que los “círculos políticos” persiguen todavía metas más estrechas de lo que a Sen le gustaría, es importante entender algunas de las razones que podrían llevarlos a hacer eso. Nadie puede seriamente discutir la riqueza y variedad del desarrollo humano acerca del que Sen escribe tan persuasivamente —pero nadie con sentido querría hacerlo. Si se han perseguido las metas más estrechas de desarrollo, en muchos casos no es por la simple estupidez, sino en parte por la dificultad de conceder a los políticos y administradores mandatos más grandiosos y exigirles, entonces, de manera fiable su responsabilidad. Cuanto más variopintas sean las metas que dicen perseguir, más difícil será asegurar que las persigan por completo de manera satisfactoria.

En realidad, *Desarrollo y Libertad* calla curiosamente acerca de la dificultad de concebir mandatos que funcionen. En el prólogo, Sen escribe, “durante mi vida he evitado aconsejar a las ‘autoridades’. En realidad, nunca he aconsejado a ningún gobierno, y he preferido que mis sugerencias y críticas sean —en la medida en que valgan— de dominio público”. Pero si las sugerencias de Sen son realmente buenas, sería una lástima que no hubiera aconsejado directamente a las autoridades. Las autoridades no suelen ser lectores ávidos de la *American Economic Review* o incluso, lo que es de lamentar, de *The New York Review of Books*. Pero en cualquier caso, el asunto parece fácil, dado que el libro procede de las conferencias dadas en el Banco Mundial, que ejerce más poder en el mundo que muchos gobiernos, así



como es alabado en la cubierta por Kofi Annan, quien desde luego que tiene menos poder, aunque haya que contarle como una de “las autoridades”, si es que alguien lo es.

En años recientes, la gama de asuntos de los que el Banco Mundial se ocupa, se ha ampliado hasta incluir el medio ambiente, la sanidad, el género, la descentralización política y la responsabilidad local. Todas son metas admirables, aunque permanecen de alguna manera fuera de lo que los asesores de la dirección llamarían las “competencias centrales” del banco. Hay buenos argumentos para ampliar el mandato, pero los argumentos para continuar restringiéndolos tampoco son estúpidos. El Fondo Monetario Internacional, la organización hermana del banco, ha sido recientemente criticado de manera justificada por sus políticas vacilantes y confusas en relación con Rusia, en las que la ortodoxia económica —por ejemplo, la necesidad de que los prestatarios tengan posibilidades verosímiles de devolver los préstamos— ha sido adaptada a las preocupaciones políticas de los Estados Unidos, que es su accionista dominante. A pesar de los méritos o deméritos de las presiones políticas estadounidenses, y a pesar de otras supuestas deficiencias de la organización, la claridad y efectividad de la política del FMI ha sido perjudicada por la creciente falta de claridad de su mandato.

Amartya Sen ha hecho mucho en este libro y en su carrera para defender una concepción humanista de la política pública con una gama amplia de aspiraciones. Sus argumentos son poderosos, pero con ellos no se acaba la historia. Quedan problemas importantes acerca de cómo perseguir el proyecto del desarrollo internacional de manera que sea suficientemente sencillo a fin de que incluso el político más resbaladizo y convincente esté sujeto a responsabilidad.